



*Miércoles, 23 de enero de 1985; Newton of Wemyss*

Es una voz suave, como la oscuridad que los envuelve.

—¿Estás listo?

—Tanto como es posible estarlo.

—¿Le has dicho lo que tiene que hacer? —Ahora habla atropelladamente, sus palabras se superponen, una sucesión de sonidos embarrullados.

—Descuida. Ella ya sabe lo que hay. Tiene muy claro quién va a pagar el pato si esto sale mal, en eso no se engaña. —Palabras ásperas, tono áspero—. No es ella quien me preocupa.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. No quiero decir nada, ¿vale? No tenemos otra opción. No aquí. No ahora. Sencillamente hacemos lo que debe hacerse. —En sus palabras se percibe el sonido hueco de la bravata. Nadie sabe qué esconden—. Venga, acabemos con esto de una vez.

Así es como empieza.

*Miércoles, 27 de junio de 2007; Glenrothes*

La joven atravesó el vestíbulo con andar enérgico, acompañada del tamborileo marcial y rítmico de sus tacones bajos contra el suelo de vinilo, ya sin brillo por el paso de miles de pies. Parecía una persona con una misión, pensó el funcionario civil cuando la mujer se acercó al mostrador. Pero esa misma impresión daban casi todos. Cuando



se aproximaban, abstraídos en su determinación, permanecían indiferentes a los carteles de prevención de la delincuencia y de información pública que revestían las paredes.

Fue derecha hacia él, sus labios apretados en un trazo firme. No está mal, la chica, pensó el funcionario. Pero como muchas de las mujeres que se presentaban allí, no podía decirse que estuviera en su mejor momento. No le habría venido mal un poco más de maquillaje, para dar realce a aquellos chispeantes ojos azules. O un atuendo más favorecedor que unos vaqueros y una sudadera con capucha. Dave Cruickshank adoptó su estática sonrisa profesional.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó.

La mujer echó atrás la cabeza ligeramente, como si se pusiese en guardia.

—Quiero denunciar la desaparición de una persona.

Dave procuró disimular su hastiada irritación. Cuando no eran conflictos vecinales, se trataba de presuntas desapariciones. En este caso, la mujer estaba demasiado tranquila para que el desaparecido fuese un bebé, y era demasiado joven para que fuese un adolescente fugado. Una riña con el novio, seguro que era eso. O un abuelo senil que se había escapado de casa. La habitual pérdida de tiempo. Dave se acercó un bloc de impresos, lo colocó recto ante sí sobre el mostrador y echó mano de un bolígrafo. Dejó puesto el tapón; antes de anotar cualquier dato, necesitaba la respuesta a una pregunta clave.

—¿Y cuánto tiempo hace que ha desaparecido esa persona?

—Veintidós años y medio. Desde el viernes, 14 de diciembre de 1984, para ser exactos. —La mujer bajó la barbilla y una expresión hosca empañó su semblante—. ¿Eso le parece tiempo suficiente para tomárselo en serio?

Phil Parhatka, inspector con rango de sargento, vio el final del vídeo y luego cerró la ventana.

—Si ha habido un momento óptimo para ocuparse de casos sin resolver, es éste, tenlo por seguro —dijo.

La inspectora Karen Pirie apenas apartó la mirada del expediente que estaba poniendo al día.

—¿Y eso por qué?

—Se cae de su peso. Vivimos en plena guerra contra el terrorismo. Y acabo de ver al parlamentario de mi circunscripción tomar posesión del número 10 de Downing Street con su señora. —Se puso en pie de un salto y se acercó a la minivevera colocada encima de un archivador—. ¿Tú qué harías? ¿Resolver casos antiguos y recibir buena publicidad a cambio, o procurar que los árabes no abran un boquete en medio de nuestro terruño?

—¿Crees que Fife va a convertirse en objetivo del terrorismo por el hecho de que Gordon Brown haya llegado a primer ministro? —Karen marcó el punto en el documento con el índice y concedió toda su atención a Phil. Cayó en la cuenta de que llevaba demasiado tiempo con la cabeza en el pasado y ya no le era fácil sopesar las posibilidades del presente—. Cuando estaba al frente Tony Blair, no se molestaron en atacar su distrito electoral.

—Muy cierto. —Phil escrutó el interior de la nevera, dudando qué refresco elegir, Irn Bru o Vimto. Con treinta y cuatro años, aún era incapaz de renunciar a las bebidas favoritas de su infancia—. Pero esos individuos se consideran yihadistas islámicos, y Gordon es hijo de un párroco. No me gustaría estar en la piel del jefe de policía si se empeñan en volar la vieja iglesia de su padre. —Optó por Vimto.

Karen se estremeció.

—No me explico cómo puedes beberte eso —comentó—. ¿Te has fijado en que es anagrama de «vomit»?

De regreso a su mesa, Phil echó un largo trago.

—Hace crecer el pelo en el pecho.

—Entonces tómate dos latas. —En la voz de Karen se traslucía un tonillo de envidia. Phil parecía alimentarse exclusivamente de be-

bidas ricas en azúcar y grasas saturadas, y sin embargo seguía tan compacto y fibroso como cuando los dos ingresaron en el cuerpo. A ella le bastaba mirar una Coca-Cola con toda su carga para sentir que ganaba centímetros. Desde luego no era justo.

Phil entrecerró sus ojos oscuros y, bromeando, contrajo el labio en una mueca de desdén.

—Como tú digas. Lo bueno de esto es que tal vez el jefe pueda sacar más dinero al Gobierno si los convence de que ahora la amenaza es mayor.

Karen, ya con los pies en el suelo, movió la cabeza en un gesto de negación.

—¿Crees que esa famosa brújula moral consentiría que Gordon pusiera rumbo hacia algo tan aparentemente interesado? —Mientras hablaba, tendió la mano hacia el teléfono, que había empezado a sonar. En la gran sala de revista ocupada por el Departamento de Casos por Resolver había otros policías menos veteranos, pero el ascenso no había alterado los hábitos de Karen. Conservaba la costumbre de atender cualquier teléfono que sonara cerca de ella—. ERRCR, inspectora Pirie al habla —contestó distraídamente, pensando aún en lo que Phil acababa de decir y preguntándose si él, en el fondo, anhelaba hallarse allí donde se desarrollaba la acción.

—Soy Dave Cruickshank, inspectora, de recepción. Tengo aquí a una persona, y creo que conviene que hable con usted. —Cruickshank no parecía muy seguro de sí mismo. Eso de por sí era anomalía suficiente para captar la atención de Karen.

—¿De qué se trata?

—Una persona desaparecida —contestó él.

—¿Uno de los nuestros?

—No, es una mujer que quiere denunciar la desaparición de una persona.

Karen reprimió un suspiro de irritación. A esas alturas Cruickshank debería saber ya lo que se traía entre manos. Llevaba en recepción tiempo de sobra.

—Siendo así, Dave, esa mujer necesita hablar con la Brigada de Investigación Criminal.

—Bueno, sí, normalmente ese habría sido mi primer paso. Pero, verá, esto se sale un poco de la pauta habitual. Por eso he pensado que sería mejor pasárselo primero a ustedes, ¿entiende?

«Vaya al grano», pensó Karen, y dijo:

—Nosotros llevamos los casos sin resolver, Dave. No tramitamos investigaciones nuevas. —Miró con semblante exasperado a Phil, que se reía de su visible frustración.

—Éste no es un caso precisamente nuevo, inspectora. El tipo en cuestión desapareció hace veintidós años.

Karen irguió la espalda en su silla.

—¿Veintidós años? ¿Y no lo han denunciado hasta ahora?

—Exacto. ¿Eso lo convierte en un caso sin resolver o no?

En rigor, como Karen sabía, Cruickshank debería haber remitido a esa mujer a la Brigada de Investigación Criminal. Pero siempre había sentido debilidad por todo aquello que despertaba reacciones de incredulidad y desconcierto en la gente. A ella la excitaban las posibilidades remotas. Dejarse llevar por ese instinto le había valido dos ascensos en tres años, pasando por encima de sus iguales e incomodando a sus colegas.

—Dígale que suba, Dave. Hablaré con ella.

Colgó el auricular y se apartó del escritorio de un empujón.

—¿Por qué coño esperaría alguien veintidós años para denunciar la desaparición de una persona? —preguntó, más para sí que para Phil mientras revolvía la mesa en busca de un cuaderno nuevo y un bolígrafo.

Phil hizo un mohín, redondeando los labios como una carpa.

—Puede que esa mujer haya estado fuera del país. Puede que acabe de volver y se haya enterado de que esa persona no está donde ella pensaba que debía estar.

—Y quizá nos necesita para poder conseguir un certificado de defunción. Dinero, Phil. A eso suele reducirse todo. —Karen esbozó

una sonrisa irónica, que pareció quedar flotando en el aire, como la del gato de Cheshire, cuando abandonó apresuradamente la sala de revista y se dirigió hacia los ascensores.

Con su ojo experto, catalogó y clasificó a la mujer que, sin evidenciar el menor apocamiento, salió del ascensor. Vaqueros y una sudadera con capucha seudodeportiva de Gap. El corte y los colores de la temporada. Calzaba unos zapatos de piel, limpios y sin apenas signos de desgaste, a juego con el bolso que, colgado al hombro, le rozaba la cadera. Tenía el pelo castaño, no muy oscuro, y lo llevaba bien cortado en una media melena con las puntas ya un poco desiguales. No era de quienes vivían de las ayudas del Estado, pues. Probablemente no ocupaba una vivienda de protección oficial. Era una agradable mujer de clase media con algo en mente. Entre veinticinco y treinta años, ojos azules con un levísimo amago de topacio. Apenas un toque de maquillaje. O no buscaba marido o ya lo tenía. Se le tensó la piel alrededor de los ojos al sentirse evaluada por Karen. Ésta, atajando el potencial pulso entre ambas, dijo:

—Soy la inspectora Pirie, Karen Pirie.

Se preguntó cómo la veía a ella esa otra mujer: un poco metida en carnes, embutida en un traje de Marks and Spencer, pelo castaño necesitado de una visita al peluquero, quizá agraciada si se le definiesen los huesos bajo la carne. Cuando Karen se describía así ante sus parejas, se echaban a reír, le decían que estaba estupenda y llegaban a la conclusión de que padecía de falta de autoestima. Ella no lo creía. Tenía una opinión de sí misma razonablemente positiva, pero cuando se miraba en el espejo no podía negar lo que veía. Aunque tenía unos ojos bonitos, eso sí. Azules con toques de color avellana. Poco comunes.

Ya fuera por lo que vio, o bien por lo que oyó, la mujer pareció calmarse.

—Gracias a Dios —dijo. El acento de Fife se percibía claramente, aunque pulido por efecto de la educación o la distancia.

—¿Cómo dice?

La mujer sonrió, revelando unos dientes pequeños y regulares como los de leche.

—Lo digo porque parece que me toman en serio. No endilgan mi caso al subalterno que prepara el té.

—No permito que mis subalternos pierdan el tiempo preparando té —respondió Karen con aspereza—. Da la casualidad de que he sido yo quien ha atendido el teléfono. —Se volvió parcialmente, miró atrás y dijo—: Si tiene la amabilidad de acompañarme...

Karen la guió por un pasillo lateral hasta una sala pequeña. El ventanal alargado daba al aparcamiento y, a lo lejos, se veía el campo de golf, un extensión verde de una uniformidad artificial. En torno a una mesa redonda de alegre madera de cerezo tenuemente abrigada había cuatro sillas tapizadas de gris institucional. El único indicio de la función de la sala era el despliegue de fotografías enmarcadas en la pared, todas de policías en acción. Cada vez que utilizaba esa sala, Karen se preguntaba por qué los altos mandos habían elegido las fotos que salían en los medios después de producirse alguna desgracia.

La mujer miró alrededor con expresión de incertidumbre mientras Karen apartaba una silla de la mesa y la invitaba a tomar asiento.

—Por la tele no es así —dijo.

—Casi nada lo es en la policía de Fife —observó Karen, sentándose no frente a la mujer, sino en ángulo recto respecto a ella. La posición menos enfrentada solía ser la más productiva para interrogar a un testigo.

—¿Dónde están las grabadoras?

La mujer se sentó, sin acercar la silla a la mesa, con el bolso firmemente sujeto en el regazo. Karen sonrió.

—Confunde usted el interrogatorio de un testigo con el de un sospechoso. Ha venido a presentar una denuncia, no a rendir cuentas por un delito, así que tiene derecho a sentarse en una silla cómoda y mirar por la ventana. —Abrió el cuaderno con un golpe de muñeca—. Tengo entendido que está aquí para denunciar la desaparición de una persona.

—Así es. Se llama...

—Un momento. Necesito que retroceda un poco. Para empezar, ¿cómo se llama usted?

—Michelle Gibson. Es mi apellido de casada. Prentice, ése era el apellido de mi familia. Pero todo el mundo me llama Misha.

—Bien, Misha. También necesito su dirección y número de teléfono.

Misha recitó los datos.

—Ésa es la dirección de mi madre. Puede decirse que en cierto modo actúo en representación de ella. No sé si me entiende.

Karen identificó el pueblo, pero no la calle. Era una de las aldeas construidas por el terrateniente local para sus mineros en los tiempos en que los trabajadores eran suyos en igual medida que las minas. Acabó convirtiéndose en un pueblo dormitorio para forasteros sin el menor lazo con el lugar ni con su pasado.

—Igualmente, necesito también sus datos —insistió Karen.

Misha agachó la cabeza por un momento y dio unas señas de Edimburgo, que no significaban nada para Karen, cuyos conocimientos sobre la geografía social de la capital, a solo cincuenta kilómetros de allí, eran limitadamente pueblerinos.

—Y quiere denunciar la desaparición de una persona —señaló Karen.

Misha dio un vigoroso sorbetón y asintió con la cabeza.

—Mi padre. Mick Prentice. Bueno, Michael, para ser más exactos.

—¿Y cuándo desapareció su padre? —Ahí era donde se ponía interesante, pensó Karen. Si es que llegaba a ponerse interesante.

—Como le he dicho al hombre de abajo, hace veintidós años y medio. Lo vimos por última vez el viernes 14 de diciembre de 1984.

—Misha Gibson juntó las cejas en un ceño desafiante.

—Ha esperado mucho tiempo para denunciar la desaparición, ¿no? —comentó Karen.

Misha dejó escapar un suspiro y volvió la cabeza para mirar por la ventana.

—No creíamos que fuese una desaparición. No propiamente dicha.

—No acabo de entender. ¿A qué se refiere con eso de «no propiamente dicha»?

Misha se volvió de nuevo hacia Karen y fijó la mirada en la suya.

—Parece usted de por aquí.

Preguntándose adónde quería ir a parar, Karen contestó:

—Me crié en Methil.

—Ya. Entonces, y sin ánimo de ofender, tiene edad suficiente para recordar lo que pasó allá por 1984.

—¿La huelga de mineros?

Misha asintió. Mantuvo la barbilla en alto, la expresión desafiante.

—Yo me crié en Newton of Wemyss. Mi padre era minero. Antes de la huelga, trabajaba en la Lady Charlotte. Le repetiré, si no le importa, lo que solía decir la gente por aquí: que no había gente más combativa que los trabajadores de esa mina, la Lady Charlotte. Aun así, una noche de diciembre, a los nueve meses de empezar la huelga, media docena de ellos desaparecieron. Bueno, digo «desaparecieron», pero todo el mundo sabía la verdad: se fueron a Nottingham con los esquiroleros. —Contrajo el rostro en un tenso ceño, como si sobrellevara un dolor físico—. En el caso de cinco de ellos no sorprendió a nadie que rompieran la huelga. Pero, según mi madre, todo el mundo se quedó de una pieza al enterarse de que los acompañaba mi padre, y ella la primera. —Dirigió una mirada suplicante a Karen—. Yo era muy pequeña, y no me acuerdo. Pero dicen que era un sindicalista de la cabeza a los pies, el último que uno esperaría que se pasase al bando de los esquiroleros. —Cabeceó—. Así y todo, ¿qué iba ella a pensar?

Karen comprendió muy bien lo que debió de representar para Misha y su madre semejante desertión. En la minería radical de Fife, la solidaridad se reservó para quienes no cedieron. La acción de Mick Prentice debió de reducir a su familia inmediatamente a la condición de parias.

—No debió de ser fácil para su madre —comentó Karen.

—En cierto sentido, fue facilísimo —respondió Misha con amargura—. Por lo que a ella se refería, ahí se acabó todo: fue como si mi padre hubiera muerto. No quiso saber nada más de él. Mi padre mandó dinero, pero ella lo donó al fondo de solidaridad. Más tarde, cuando la huelga acabó, lo entregó a la Sociedad de Ayuda al Minero. Me crié en una casa donde el nombre de mi padre jamás se pronunciaba.

Karen sintió una opresión en el pecho, algo entre la comprensión y la lástima.

—¿Nunca se puso en contacto con ustedes?

—Solo mandaba el dinero. Siempre en billetes usados. Siempre con matasellos de Nottingham.

—Misha, no quiero parecerle una bruja, pero a mí no me parece que su padre sea una persona desaparecida. —Karen procuró hablar con la mayor delicadeza posible.

—Tampoco a mí me lo parecía. Hasta que fui a buscarlo. Créame, inspectora: no está donde debería estar. Nunca ha estado allí. Y necesito encontrarlo.

La pura desesperación en la voz de Misha cogió desprevenida a Karen. Para ella, eso era más interesante que el paradero de Mick Prentice.

—¿Y eso por qué? —preguntó.

*Martes, 19 de junio de 2007; Edimburgo.*

Misha Gibson nunca se planteó contar las veces que había salido del Hospital Pediátrico indignada porque el mundo siguiera su curso pese a lo que ocurría allí dentro. Nunca pensó en contarlas porque nunca se permitió contemplar la posibilidad de que ésa fuera la última vez. Desde que los médicos le habían explicado el motivo de la deformación en los pulgares de Luke y las manchas dispersas de color café con leche en la parte baja de su espalda, se aferraba a la con-

vicción de que encontraría el modo, cualquiera que fuese, de ayudar a su hijo a esquivar la bala disparada por sus genes contra su esperanza de vida. Ahora daba la impresión de que por fin esa convicción se vería puesta a prueba hasta consumirse.

Misha permaneció inmóvil por un momento, indecisa, molesta por aquel sol radiante, deseando un tiempo tan gris como su propio ánimo. Aún no se sentía en condiciones para volver a casa. Quería gritar y lanzar cosas, y en un piso vacío la asaltaría la tentación de perder el control y hacer precisamente eso. John no estaría en casa para abrazarla o contenerla; sabía que ella tenía una reunión con el especialista, y naturalmente en el trabajo se le cruzaría alguna tarea ineludible de la que solo él podía ocuparse.

En lugar de encaminarse por Marchmont hacia su casa de vecindad de arenisca, Misha cruzó la calle, muy transitada, hasta el Meadows, el pulmón verde del sur de la ciudad, donde le encantaba pasear con Luke. En una ocasión, buscando su calle en Google Earth, se había detenido a mirar también el Meadows. Desde el espacio, semejaba un balón de rugby orlado de árboles, y los senderos en zigzag eran las puntadas de hilo que mantenían unido el cuero del balón. Había sonreído al pensar en Luke y ella correteando por su superficie como hormigas. Ese día ninguna sonrisa consolaba a Misha. Ese día tenía que afrontar el hecho de que quizá nunca más volvería a pasear con Luke por allí.

Sacudió la cabeza, intentando desprenderse de esas ideas sensibleras. Un café, eso era lo que necesitaba para poner en orden sus pensamientos y ver las cosas en su verdadera dimensión. Un tonificante paseo por el Meadows, luego camino del puente de Jorge IV, donde últimamente todos los locales eran bares, cafeterías o restaurantes.

Al cabo de diez minutos, Misha se había atrincherado en un reservado de un rincón con un reconfortante tazón de café con leche ante ella. Aquello no era el final. No podía ser el final. No permitiría que fuera el final. Tenía que haber alguna manera de darle a Luke otra oportunidad.

Supo que algo andaba mal desde el momento en que lo cogió entre sus brazos. Incluso aturdida por la anestesia y extenuada por los esfuerzos del parto, lo supo. John se había negado a admitirlo, quitándole importancia al escaso peso de su hijo al nacer y a aquellos pequeños pulgares como muñones. Pero el miedo había instilado su fría certidumbre en el corazón de Misha. Luke era distinto. En su mente solo había una duda: en qué medida era distinto.

El único aspecto en aquella situación que podía considerarse mínimamente una suerte era que vivían en Edimburgo, a diez minutos a pie del Real Hospital Pediátrico, una institución que salía con regularidad en las crónicas de «milagros» que tanto gustaban a la prensa sensacionalista. Los especialistas del hospital no tardaron en identificar el problema. Ni en explicar que allí no habría milagros.

Anemia de Fanconi. Si se decía deprisa, parecía el nombre de un tenor italiano o de un pueblo de las montañas toscanas. Pero la grata musicalidad de las palabras camuflaba su mensaje letal. En el ADN del padre y la madre de Luke acechaba un gen recesivo que se había combinado para crear una rara dolencia que condenaría a su hijo a una vida breve y dolorosa. En algún momento entre los tres y doce años de edad desarrollaría casi con toda certeza anemia aplásica, un fallo de la médula ósea que en último extremo acabaría con su vida a menos que se encontrase un donante adecuado. El severo veredicto era que sin un trasplante de médula con éxito, Luke llegaría a los veinte años como mucho, y eso con suerte.

Ese dato la había encauzado en una misión. Pronto se enteró de que, a falta de hermanos, la mejor opción de Luke de cara a un trasplante de médula viable sería otro miembro de la familia: lo que los médicos llamaron «trasplante de un donante emparentado no concordante». Al principio, eso confundió a Misha. Había leído las estadísticas sobre el trasplante de médula y dado por supuesto que la mejor opción era encontrar una concordancia perfecta. Pero, según el especialista, una donación de un pariente no concordante que compartiera algunos de los genes de Luke presentaría menos riesgo